

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educación, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCIÓN Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la dirección de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre*, por María del Pilar Sinués de Marco. — *La madre selva y la rosa*, apólogo, por don José Fernandez Espino. — *Promesa de un soldado*, conclusión, por Fernan Caballero. — *Antes que te cases...* por D. Jerónimo Lafuente. — *Modestia y vanidad*, continuación, por María del Pilar Sinués de Marco. — *Espluccion y aplicación del figurín: próximo viaje de la señora Sinués de Marco á Paris y Londres; medalla que ha recibido de S. M. la Emperatriz de los franceses*, por Pamela. — *Advertencia*. — *LAMINAS*. — Una para la novela y un figurín de modas.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS Á LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

DEDICATORIA.

*A las jóvenes.*

Recibid con benevolencia, mis amadas lectoras, este pobre trabajo: joven como vosotras, quiero, no enseñaros, sino referiros los buenos ejemplos que he tenido á la vista, las observaciones, hijas de mi carácter pensativo: quiero deciros que nada hay tan digno de cariño y respeto en la tierra como unos buenos padres, y que Dios castiga con la desgracia y la aflicción á los hijos rebeldes y desobedientes.

Para vosotras escribo la primera parte de esta obra, graciosas niñas, que aun vivis bajo el abrigo protector del paterno techo: en ella vereis que la virtud es dulce, hermosa, amable; que sus preceptos son mas fáciles de cumplir de lo que creéis, y que llevan en su mismo cumplimiento la mas bella recompensa: ya lo he dicho en todas las obras que acerca de la educación de la mujer he escrito, y no me cansaré de repetirlo: si la virtud os asusta, es porque no os la pintan con su verdadero colorido: ella ciñe las hermosas frentes de las jóvenes de rosas y no de espinas: en las páginas que os ofrezco, os probaré esto con ejemplos cla-

AÑO I.—NÚM. 12.

ros y convincentes, con cuadros que no salen de la marcha natural de la vida, y que tienen la adorable elocuencia de la sencillez y de la verdad.

Si alguna vez, al leer este libro, reemplaza en vuestro semblante, la sonrisa de la resignación á las lágrimas del desaliento, esa será la recompensa mas gloriosa de

LA AUTORA.

I.

VALENTINA HERRERA Á MÉLIDA DE CAMPOVERDE.

*Urrúa de Jalon, 22 de Junio de 18...*

Ya estoy en casa de mis padres, querida mía: ya estoy en este apartado rincón del mundo, en tanto que tú aun respiras y eres feliz bajo ese hermoso cielo, y en el asilo encantador en que yo he sido tan dichosa y que ya he dejado para siempre.

¡Para siempre! ¡triste palabra que resuena de una manera lúgubre en mi oído y deja mi corazón en el vacío de la nada! ¡Ah! Por qué en vez de haber cumplido ya diez y seis años, no cuento solo la mitad? ¿por qué se ha llevado Dios á mi tío, cuya fortuna sufragaba los gastos de mi educación? esta no estaba aun terminada; yo la atrasaba cuanto podia, para no salir tan pronto de la pensión! y lo conseguia... ¡Oh, sí! ¡aun me quedaban muchas cosas que aprender! ¡aun hubiera podido permanecer alli dos años mas! dos años más al lado de Mme. Honoria, al lado de nuestras compañeras, y sobre todo, al lado tuyo, Mélida! ¡ah! ¡esto, que ya es imposible, me parecería hoy el colmo de la felicidad!

Hoy cumplo diez y seis años: ya sabes que mis padres han querido que los cumpliera al lado suyo; y te aseguro que este es el mas triste aniversario que he conocido desde mi nacimiento; ¡qué tosco, vulgar é insufrible me parece todo cuanto me rodea! Mélida, solo á tí te confiaría yo estos pensamientos que casi todos llamarían culpables; pero tú me amas; eres bu-

MADRID 31 DE MARZO DE 1864.

na, tierna y generosa, y sabrás disculparme; mi madre gruesa y encarnada, alegre y llana como la llaman aquí; mi madre, sazonzando los guisos, dando de comer á las gallinas, haciendo calceta á la puerta de la calle, y dando los buenos dias ó las buenas tardes á estas palurdas de labriegas, me avergüenza!

Mi padre, con su levita del año uno, sus zapatos de cordoban, sus medias blancas, mi padre cuidando de su poca hacienda, yendo por las tardes á vigilar los trabajos con su chaqueta, su sombrero redondo y su baston grueso como un garrote, no me avergüenza menos!

Y hay otra persona que no me causa rubor, sino ira: casi diria que la aborrezco... pero no... no es ella á quien yo detesto, sino á sus groseras inclinaciones... hablo de mi hermana María... ya sabes que tiene un año ménos que yo: es pequeña, gruesa, rubia, alegre, comilona; se sienta al lado de mi madre á remendar camisas por la tarde; no sabe bordar, ni hacer flores, ni dibujar, ni conoce la música... ¡Oh, es insoportable... y es bien cierto que el tédio me va á matar entre estas gentes!

Mélida, qué desgraciada soy y tú qué dichosa! tú vivirás siempre en Madrid... ahí has nacido y te has criado... en él te casarás... yo no tengo esperanza ninguna de salir de este rincón!

Oye la descripción de las gentes que he visto en este pueblo: te hablaré de ellas, y tú, que conoces mis gustos y mis inclinaciones, conocerás tambien cuan desgraciada soy, y cuan poco me comprende nadie aquí.

El alcalde, viejo y brusco labriego, á quien todos respetan, porque aquí está desarrollado de un modo maravilloso el espíritu de subordinación: la alcaldesa, mujer seca, regañona con todos, menos con sus hijos, que son dos; un zagalon de diez y ocho años, que pone los ojos en blanco cuando mira á mi hermana, y otro de veinte, que aquí pasa por un sábio, porque sabe leer y escribir, y que no cesa de decir á todos que soy muy bonita: á mí no me ha manifestado esta galante opinion, y, si me la dijese, no tendria gana de repetírmela.

El señor cura, que por dar á los pobres lleva una sotana toda remendada, y está flaco porque su desmedida caridad le aconseja no comer: este buen señor—á quien todos adoran, pero al que todos despojan—parece hecho de miel: tal es la ternura de su corazón, que no puede ver á un pobre sin que se le caigan los lagrimones: con este santo varon se verifica á la letra aquel dicho:—*Házte de miel, y te comerán las moscas.*—Las moscas del vicario son todos los haraganes de Urrea y de los pueblos de los contornos.

Su hermana doña Casilda, viuda y algo mas jóven que el hermano, es la antítesis de este

el cura es de una mansedumbre inalterable: la viuda de una irascibilidad insufrible: el hermano halla escusa para todo: la hermana regaña á cuantos habla, y á mí tambien, aunque no sé cómo tiene ánimo para dirigirme la palabra, porque le respondo con toda la insolencia posible, y ya sabes que yo en ese género soy sobresaliente.

Doña Casilda reconviene á los hombres porque no trabajan mas, á las mujeres porque cuidan mal de sus hijos, á las muchachas porque tienen novios: á los chiquillos porque gritan y juegan; en fin, nadie se libra de sus regaños.

Todos me miran aquí con un odio que yo creo hijo de la envidia: el primer domingo, despues de mi llegada, subieron algunas mozuelas á buscarme para llevarme con ellas á una casa donde se reunian á bailar y á merendar despues: aquella tarde tocaba en casa del señor cura, quien, además de su hermana, tiene el apéndice de una sobrina, hija de ésta, de mi edad poco mas ó ménos, y que parece idiota á fuerza de oír regañar á su madre y llorar á su tío.

Esta muchacha y mi hermana María están siempre juntas: y yo, aunque me niego á acompañarlas, como me niego á reunirme con todas las demás muchachas, no puedes figurarte lo que sufro al oírlas hablar en su lenguaje toscó y rudo.

¡Oh, Mélida! ¡qué digna soy de compasion! á no ser por la caja de libros que me traje, y en la que pusiste tú tambien todas las novelas que poseias, ya me hubiera muerto de tristeza y de tédio! ¡aquí nadie me entiende, ni yo entiendo á nadie! ¡mi padre, que en los primeros dias de mi llegada procuraba alegrarme y me acariciaba alguna vez, ahora dice que ya se aburre de verme silenciosa y triste! mi madre llora, y dice que yo soy la causa: mi hermana se rie de mí... ¡ah! ¡por qué se ha muerto mi tío?

Mañana escribiré á tu mamá que tan buena ha sido para mí: hoy termina esta abrazándote tu desgraciada amiga,

VALENTINA.

(Se continuará)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## LA MADRESELVA Y LA ROSA.

Apólogo.

Sobre maleza y zarza-mora erguida  
Vertiendo olores, respirando vida  
En campestre confin,  
Columpiábase plácida y lozana  
Una graciosa madreSelva ufana  
En su tallo gentil.

Y viéndola una rosa en puro día  
Que el claro cielo contemplar quería  
Fuera de su jardín,  
Absorta se paró, y, enamorada  
De la belleza de la flor preciada,  
Dijole afable así:

«¿Qué vale tu hermosura si cual vives  
Aquí de nadie adoración recibes,  
Ni puedes ser feliz?  
¿Y si en maleza tal alguien te halaga  
Será ese afecto merecida paga  
Del precio que hay en tí?»

¡Oh! vente á la ciudad: allí conmigo  
Las flores bellas partirán contigo  
La gala del pensil;  
Y acaso esmaltes los cabellos de oro  
De alguna dama, de beldad tesoro,  
En plácido festin.»

La rosa enmudeció. La madre selva  
Al punto contestóle: «de la selva  
Soy yo la reina aquí.  
¿No ves esta maleza cual consiente  
Que alze sobre ella mi dorada frente  
Y goza en mi existir?»

¿No ves cuán dulce me acaricia el áura,  
Y cual mi aroma y mi vigor restaura  
Con su aliento sutil?  
¿Y viste acaso, en cuanto el bosque rinde  
De ameno y grato que á mi sér no brinde  
Con halago sin fin?»

Pues si contigo á la ciudad yo fuera,  
No lo dudes ¡oh rosa! la postrera  
Viérame en gala allí.  
Y me asaltara sin cesar la envidia,  
Y el pecho triste, que con ella lidia,  
Sin tregua es infeliz.»

JOSE FERNANDEZ ESPINO.

#### PROMESA DE UN SOLDADO

### A LA VIRGEN DEL CARMEN.

(Conclusion).

—¡Ave-María, hombre! hicistes mal, dijo la tía Manuela.

—Señora, quién no se siente de una mala razón, no se siente de una puñalada; me injurió, y hombre honrado antes muerto que injuriado. Salimos al campo desafiados. El lebricano estaba tan ciego por la ira y por el vino,

que me acometía furioso, pero sin tino; yo que ni quería matarlo ni que él me matase á mí, lo paré con un golpe de plano sobre la cabeza que lo atolondró y lo tumbó de espaldas. Volvíme al campamento dejándole allí tendido que durmiese la mona.

Pero llegó la hora de la lista de la tarde y faltó él. Tomaron informes, y no faltó quien dijera que nos habian visto salir desafiados del campamento, y señalase el rumbo que habíamos tomado. Mandaron á un cabo y unos soldados á reconocer el sitio, y en él hallaron al lebricano bárbaramente degollado.

—¡Jesus María! Dios santo! exclamaron á una vez las mujeres. Roque, ¿mataste á ese hombre sin querer?

—¡Vaya! no que si lo hubiese matado queriendo ó sin querer, estaria yo aquí á la presente refiriendo el caso!

—Sigue adelante, Roque, cuenta lo que sucedió, que me tienes como á aquel que está temiendo que se le caiga el techo encima, dijo la tía Manuela.

—Allá iban las cosas vivas, continuó el soldado: en un santiamén se me hizo consejo de guerra, y cátenme Vds., á pesar de haber jurado que yo no era reo de aquel delito, condenando á ser *afusilado*, sin mas consuelo que acudir á la Virgen Santísima del Carmen que ya me habia sacado de entre las olas embravecidas para que me librase en aquel trance, en el que no me quedaba esperanza alguna en lo humano.

Una mañana me sacaron del arresto para llevarme al consejo.—Voy á ser *afusilado* sobre la marcha, pensé, saqué del pecho mi escapulario, lo besé y le dije á la Señora; ya que no me hayáis salvado la vida por no ser la voluntad de Dios, alcanzadme, madre mía, una buena muerte, que no niega el Señor al que, conforme con su suerte y contrito de sus culpas, se la pide. No os pido ánimo, madre mía, que no me falta, sino que, muerto yo, consoleis á mi pobre madre; infundidle, Señora, que muero inocente para que me llore desgraciado, pero no me llore perverso, como voy á aparecer á los ojos de los hombres.

Las mujeres se habian todas echado á llorar con esa blandura de corazón propia de las gentes sencillas.

—¡Hijo de mi alma, de mi vida y de mis entrañas! decía su madre; si le hubiesen quitado la vida *afusilado*, me la quitaban á mí aquellos mismos tiros!

—¡Pobrecito! qué pasaría, Dios de mi vida! ¡pobrecito! repetían las otras mujeres.

*Pobrecito!*...dulce y compasiva voz que de mancomun han puesto en los labios de los hombres el ángel del amor y el de la compasión;

pues ambos afectos se unen en ella como se funden sobre la frente del niño doliente, el sonido del beso y del suspiro de su madre.

—¡Pero qué! prosiguió animándose el hijo del pueblo católico, la Señora había sacado la cara por mí! Aquella mañana una partida que hacia un reconocimiento, había hallado escondidos entre los matorrales á unos moros que apresaron, y registrados que fueron, le hallaron á uno de ellos una medalla de plata. Aquella medalla la reconocieron los compañeros del lebrriano por ser de aquél, que la llevaba siempre colgada del cuello. Entónces los jefes sospecharon lo acacido, que aquel desgraciado habria sido en su borrachera degollado por los moros. Prometieron la vida á los presos si declaraban la verdad, y decian cual de ellos habia muerto al soldado. Entónces cantaron de plano y dijeron que el matador habia sido el moro á quien hallaron la medalla. Ahora bien, ¿saben Vds. qué medalla era la que me habia salvado la honra y la vida probando mi inocencia? *¡La medalla de la Virgen del Cármen!*

—Madre mia! Madre mia! esclamaron las mujeres con enternecida y entusiasta aclamacion.

—Roque, dijo la tía Manuela, ¿y no hicistes en aquel instante una promesa en accion de gracias á tan piadosa medianera, por el patente amparo que te prestó?

—Si, señora, contestó el soldado. Prometile, — así me dé Dios vida para cumplirlo! — de proclamar mientras viva su santo nombre mas alto que las estrellas; bendecirle agradecido cada dia y á cada hora y... no fumar nunca en sábado.

FERNAN CABALLERO.

## ANTES QUE TE CASES...

(Conclusion).

### IV.

La maná era como todas las mamás viudas y ricas, que tienen una hija en estado de merecer; así es que doña Valeriana se veía continuamente obsequiada por tantos moscones deseosos de obtener una sonrisa de Rosa.

No habia galan que, al soltar una flor para la chica, no acompañara otra para la autora de sus dias.

Y doña Valeriana, como otras muchas mamás, creia de buena fé ¡oh, ilusion! en las palabras de

los aspirantes á las miradas de su hija, á pesar de que llevaba cincuenta inviernos sobre su cuerpo, tan negros, tan mustios, como hermosas y floridas eran las diez y siete primaveras de Rosa.

Parecia mentira que de una doña Valeriana hubiera salido una Rosita.

En cuanto á la chica, era una alhaja.

Habia olvidado como se tomaban las agujas para hacer calceta, pero en cambio estaba al corriente y sabia de memoria los vestidos que se llevaban para calle, para visita, para recibir, los adornos mas nuevos, y no solo sabia esto, sino que sabia comprarlos. En una palabra, era un figurin de los mas caros.

En Barcelona habia tenido, en dos ocasiones, proporcion de dejar el estado honesto, pero á su edad no se piensa seriamente y creyó que aun le quedaba tiempo para casarse.

Pregunten ustedes á todas las solteras de veintiseis años por qué no se han casado, y contestarán que porque no han querido. Y es creible que hayan tenido ocasion, y que la hayan dejado pasar como Rosa. Luego les pesa... ¡Ah! ¡si volvieran á los quince años!

Esto no es decir que á Rosa le pesaba haber dejado escapar aquellas dos ocasiones.

Rosa, tan jóven, tan bonita, tan elegante, y con seis mil duros de renta, tenia motivos para lograr un buen marido.

Doña Valeriana lo esperaba tambien.

A los diez y siete años, las muchachas de sean novio, pero no piensan en marido.

Si muchas jóvenes no tuvieran mamás, no se casarian nunca, y está probado que de cien chicas con mamá, se casan cuarenta, y de cien que no la tienen, pescan marido solamente diez.

Es verdad que casi siempre sucede que el marido es, á sus ojos, el que menos vale de cuantos novios las han obsequiado.

Hasta los veintidos años se resisten, muchas veces se rebelan; pero en pasando de aquí, cargan con el primero que es del gusto de la mamá.

Entre tanto, Blas es el amigo de confianza, el amigo íntimo.

Algo, y aun algos, podria decirse de los amigos íntimos, á quienes las mamás confian sus hijas para que las acompañen al teatro, y al baile y á todas partes, despidiéndoles con a juello de «yendo con usted no tengo cuidado por la chica;» pero estoy viendo impaciente al lector por saber la aplicacion de lo que voy diciendo al cuento de las patatas.

Blas era el encargado de ir á cobrar á casa de un banquero los diez mil reales que el apoderado de doña Valeriana le enviaba puntualmente en los últimos dias de cada mes, aparte de otras letritas entre mes, que cobraba ella misma.

Pero Blas no se había decidido aun á formular su peticion á doña Valeriana, porque nó estaba todavía seguro de que Rosa le queria.

## V.

Estamos en una noche del mes de marzo.

Al rededor de un velador están:

Doña Valeriana, cosiendo un boton á un guante.

Rosa, mirando el último figurin que ha llegado de París.

Blas, leyendo un capítulo de una novela, en el que se describe el amor ardiente é impetuoso de una condesa, señora de muchos perendengues, muy guapa y muy rica hácia un jóven desgraciado sin fortuna, pero de gran talento y apasionado corazon, de generosos sentimientos y alma sublime.

Concluye el capítulo con el casamiento de los amantes, á despecho de los deudos de la condesa, pero muy á gusto de esta y del galan, que se juran amor eterno, esclamando finalmente la hermosa aristócrata.

«El amor iguala todas las clases. Dadme corazon, dadme amor, no riquezas. El vulgo criticará mi conducta, pero el vulgo no comprende los grandes y elevados sentimientos del corazon. ¿Qué valen todas las riquezas de mis cien pretendientes comparadas con un poco de amor del que atesora para mí el corazon de mi Adolfo?»

Acabóse el capítulo.

Blas levanta la cabeza para ver el efecto que la lectura ha causado en sus oyentes, y cuando cree escuchar una aprobacion unánime del acto de la condesa, ¡oh, sorpresa! se encuentra con que doña Valeriana y Rosa se han dormido.

Este incidente hizo filosofar á Blas, y su filosofía le dijo:

Blas, no te precipites; calma, calma, Blas.

Y suspendió la ejecucion de su proyecto por algunos dias.

## VI.

Ocho despues, se dirigió Blas á casa de sus amigas.

Habian salido y esperó en su habitacion, porque, como ya sabemos, Blas era de confianza.

Se tendió en un sofá y empezó á cavilar.

—Supongamos que la chica me quiere, y que la mamá no se opone; por el contrario, apoya nuestro casamiento.

Tendré seis mil duros de renta, paga de ministro, ó lo que es lo mismo, diez mil reales mensuales. Con esto, y ademas... Cojamos la

pluma y hagamos cuentas. Esto hacen antes de casarse los que discurren.

Blas se levanta, se acerca á un velador y vé sobre él un papel azul.

—Hola, ¿qué es esto?

«Mme. Crochette...»

¡Ah! la cuenta de la modista del mes de febrero. Veamos lo que suma. Siete mil reales.

(Pequeña pausa.)

A siete mil reales asciende la cuenta de la modista en el mes mas corto del año.

Quedan tres mil reales para todos los demás gastos.

¿Y la casa?

¿Y el coche?

¿Y el teatro?

¿Y tantas y tantas cosas mas?

Blas... filosofemos...

(Larga pausa.)

¿Qué me importa que Rosa tenga seis mil duros de renta, si gasta doce?

¿Qué me importa que las patatas cuesten mas baratas en la plaza de la Cebada que en la del Carmen, si necesito ir en coche de alquiler á comprarlas?

Es mas cara Rosa con seis mil duros de renta, gastando doce, que una costurera que sabe ganar seis reales diarios y guardar uno.

Casémonos, pues, con una costurera; pero poco á poco... antes filosofemos.

Y Blas se halla en estos momentos pensando si le convendrá ó no casarse con una costurera.

GERÓNIMO LAFUENTE.

---



---

 MODESTIA Y VANIDAD.
 

---

(Continuacion).

## III.

Mr. y Mme. Ducrest, antiguos comerciantes de novedades por mayor, se hallaban imbuidos en la idea, muy comun en nuestros dias, de que el oro lo es todo en el mundo, y que brillar es ser feliz.

Su hija única Elena se vió rodeada de pretendientes no bien pisó ese dichoso limite de la infancia, en el cual se abre de par en par la dorada puerta de la risueña juventud, lo que no tenia nada de extraño.

Sabíase que era muy rica: su belleza era encantadora, y habia recibido una educacion brillante.

Entre aquella multitud elegante que aspiraba á las preferencias de Elena, sus padres eligieron de comun acuerdo á un jóven de ilustre familia, espiritual, amable y en extremo distinguido en sus modales: este jóven habia comprado una agencia de Bolsa hacia un año, y andaba en busca de un pingüe dote para pagarla.

Mr. Eduardo d'Emery, vió á Elena, y es preciso confesar que se prendó de su belleza: pero esta sensacion hubiera sido olvidada por él, como tantas otras, si aquella encantadora niña hubiera sido pobre: al saber que era rica, su afición se acrecentó como por milagro, y se dijo que con su dote no solo podria pagar su agencia, sino tambien tomar parte en algunas especulaciones mercantiles, lo que no habia podido hacer todavía, mas que por cuenta de sus clientes. Mr. y Mme. Ducrest, deslumbrados ante la perspectiva de un enlace tan brillante, consultaron á su hija, y esta, que amaba verdaderamente á Mr d'Emery con ese primer cariño cándido y entusiasta, irremplazable en la vida, aceptó llena de alegría aquel matrimonio: sin embargo, en ella podia el amor propio tanto como la pasión, puesto que no pudo menos de hacer notar á su madre cuanto debia halagarles una pequeña d colocada delante de su futuro apellido, y sobre todo cuánto deslumbraría á la pobre Susana y á su madre.

Preocupadas con estas ideas, fueron madre é hija á devolver su visita á Mme. Bherrier y á Susana, y les participaron pomposamente el próximo enlace de Elena con Mr. d'Emery, agente de Bolsa en París.

Sus amigas les dieron la enhorabuena con la mayor cordialidad.

Pocos dias despues casó Susana con Mr. Luis Rivière, rico agricultor, que miraba su matrimonio con la jóven como una dicha celestial.

La novia tuvo un solo disgusto: el de no ver la linda y risueña figura de su amiga de pension, á la que ella amaba con la mayor ternura, á pesar de sus pequeños defectos: así calificaba la amable Susana la exagerada vanidad de Elena.

Susana fué á hacerle su visita de desposada, y á presentarle á su esposo: era éste un jóven de grave y agradable presencia, muy sencillo, pero muy cortés en sus maneras, y que vestia con gusto, pero sin exageracion alguna: presentóse con el desembarazo del verdadero talento, y devolvió con perfecta serenidad los cumplidos algo irónicos que le dirigieron Mr. y Mme. Ducrest.

Todas las riquezas de la canastilla de Elena se hallaban espuestas en el salon, y muchas personas se estasiaban delante de esta exhibicion espléndida: Elena, muy ocupada en responder á una de sus elegantes amigas, apenas atendió á Susana, la que, sin embargo, halló

medio de llamarla aparte, y de abrazarla, haciéndole prometer que le escribiría, al menos para decirle el dia de su boda.

—Yo quiero asociarme á tu dicha, y rogar por tí en ese dia, mi querida Elena, le dijo: no te olvides de escribirme: piensa que si no lo hicieras, Susana, no te perdonaria y dejaria de ser tu amiga.

Elena, algo confusa al recordar su indiferencia cuando la boda de Susana, y por otra parte, impaciente por volver al lado de sus admiradoras, prometió á aquella todo lo que quiso.

Susana partió con el corazón lastimado: pero al dia siguiente su marido la condujo á Thibouville, y ya no pensó mas en su amiga de pension.

Poco tiempo despues, recibió la siguiente carta:

«Querida Susana: Estoy segura de que me acusas ya de indiferencia; y, sin embargo, mira si te amo y si pienso en tí, puesto que tres dias antes de casarme y completamente ocupada de las invitaciones, de los preparativos y del arreglo de la casa, encuentro medio de escribirte!»

«Me caso el jueves, á las once: el desayuno y la comida serán en casa, pero se ha encargado todo á casa de Chevet. ¡Si vieras mi vestido de raso blanco, guarnecido de blondas, te estasiarías! No te hablo de mi canastilla, porque la has admirado ya: pero lo que tú no has visto es la deliciosa habitacion que Mr. D'Emery ha hecho preparar en la calle de Taitbout; sin hablar de su despacho, que es una maravilla de buen gusto, yo quisiera describirte mi cuarto! está forrado en tela de seda de Lyon, azul de cielo; en cuanto á mi salon, su decorado es en damasco cereza: y todo esto está realizado por una multitud de lindísimos muebles caprichosos y encantadores, que Mr. D'Emery tiene la galantería de encontrar indispensables.»

«Yo te hablaria, querida Susana, de todas las dichas que me esperan, si no temiese verdaderamente el hacerte cometer pecado de la envidia, á tí, mi pobre y triste compañera, pues no debes ya acordarte de este bello París, que has abandonado tan pronto.»

«Sabe, sin embargo, que para coronar todas sus galantes atenciones, Mr. D'Emery me ha prometido cada semana dos noches de Ópera ó de Italianos, á mi eleccion; yo le he hecho escribir y firmar esta promesa en un bonito libro de memorias de marfil esculpido; ¿qué dices de esto, mi pobre amiga, tú que no tienes otro placer que el de oír la música del viejo cura de Thibouville?»

«A propósito de música: tengo un piano magnífico, adornado de incrustaciones de nácar y bronce: cuando le ví en mi casa, pensé en tí,

jen tí, que acaso ocupas tus ócios en tocar e órgano de la vieja iglesia de Thibouville! ¡cuánto te compadezco!»

»Adios: y el juéves por la noche, á eso de las once, cierra los ojos é imagínate á tu amiga Elena ataviada con un traje de seda blanca, guarnecido de encajes y camelias, y hecho por Victorina.»

»Adios, otra vez, mi pobre y querida amiga: yo te abrazo y te amo mucho, á pesar de la gran locura que has hecho.»

ELENA... DUCREST (hasta el juéves).»

#### IV.

El mismo juéves por la mañana, cuatro dependientes de la estacion del camino de hierro del Oeste llevaron á la calle de Tronchet, número 12, una gran caja de pino blanca, con la direccion á la señorita Elena Ducrest.

Los criados la abrieron con todo el cuidado posible, intimidados por la frase *muy frágil*, que en gruesas letras se veia en todos los lados de la caja.

Saltó por fin la tapa, y apareció una gran canastilla rústica, fabricada con juncos verdes y frescos, y de la mas elegante forma.

Esta deliciosa canastilla se hallaba colmada, con un arte infinito, de los mas hermosos y magníficos frutos del otoño, colocados con una gracia llena de sencillez y de simetría al mismo tiempo.

Elena, aunque muy ocupada de su *toilette*, dejó escapar un grito de alegre admiracion, y ordenó que se espusiera la canastilla en el salon, hasta la hora de la comida, para que pudieran admirarla los convidados que llegaban ya.

—Este lindo regalo es una atencion muy galante de parte de Susana, dijo Mme. Ducrest: será preciso escribirle.

Poco despues llegó Mr. D'Emery, y madame Ducrest le condujo delante de la canastilla.

—Mirad, le dijo, qué bonito regalo acaba de recibir Elena de una de sus amigas, que se halla en el campo.

—¡Oh, es admirable! esclamó él: á ningun precio se encontrarían ahora en París tan bellas flores y frutos tan magníficos: ¿y sabeis lo que mas admiro? la colocacion de tan delicados objetos en la canastilla.

—¡Qué gusto! ¡qué gracia! repitieron á coro los convidados.

Mme. Ducrest, muy gozosa por aquel *nuevo efecto*, fué á repetir estas exclamaciones á Elena, que se hallaba rodeada de tres modistas.

Por lo que toca á Susana, fué muy dichosa cuando recibió, algunos dias despues, una amable carta de Elena, en la que le daba gracias en

los términos mas espresivos y cariñosos: respondióle al instante; Elena no volvió á escribirle, y durante el invierno cesó toda correspondencia entre las dos amigas.

En los primeros dias de la primavera, madame D'Emery recibió de Thibouville la siguiente carta:

«Tú no has contestado, mi amada Elena, á la carta que te dirigí cuando empezaba la rigurosa estacion que acabamos de atravesar: pero te he perdonado, porque conozco tu afición á los bailes, á los conciertos y á los teatros, y sé que una dama parisien quiere gozar de estos placeres en los primeros meses de su casamiento.»

»Pero, amiga mia, entre tanto el invierno ha concluido: mayo empieza y las lilas están en flor, los espinos van á desplegar su perfumado manto, el sol rie en el cielo, lleno de alegría: ya no lloverá: los frutos van á ostentar en breve su abundancia sobre los árboles: ¿no dejarás un poco á tu querido París, para respirar el aire puro del campo?»

»Yo sé que las parisienas tienen por costumbre, y hasta por deber, el viajar en el estío: si Thibouville no te causa mucho miedo, y quieres venir á él, tu amiga Susana será muy dichosa.»

»Si vienes á pasar siquiera un mes á mi lado, verás que no he hecho una locura: verás cómo somos menos campesinos de lo que nos creen, y encontrarás en Thibouville todo lo que yo sé que debe serte agradable. Ven, pues, mi querida Elena: todos seremos dichosos al verte aquí: espero con impaciencia tu respuesta, y espero que será favorable á los deseos de tu cariñosa amiga

SUSANA RIVIERE.»

(Arreglo del francés).

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## ESPLICACION

### Y APLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

FIG. 1.<sup>a</sup>—*Trage de calle*: vestido de moaré antiguo gris: cada uno de los paños de la falda está abierto en el bajo hasta una altura de treinta centímetros en ambos lados; estas aberturas están cortadas en ondas, y ribeteadas con un galon de seda negro: el espacio que queda, se llena con una pieza de raso color de flor de malva, que, una vez colocada, presenta la forma de una pirámide: el centro le ocupa otra pirámide de pasamanería, terminada por tres borlas: esta pasamanería es gris, con una ligera mezcla negra.

Cuerpo alto, que forma peto abierto por delante, adornado con otra pirámide de raso, como las del bajo de la falda, y cerrado con botones de raso malva: de la espalda sale una aldeta cuadrada, adornada con una pirámide semejante.

Mangas de codo, semi-ajustadas, y adornadas de un jokey recortado en ondas, y decorado con raso y una flor de pasamanería: vueltas de las mangas, formadas por raso malva, y una pirámide de pasamanería con tres borlas.

Cuello de batista lisa, estrecho por detrás, y que forma por delante dos puntas pequeñas.

Mangas interiores, terminadas por un ancho puño de batista.

Redecilla invisible, adornada de lazadas de terciopelo color de flor de malva.

Este traje, del gusto mas esquisito para señora casada, sea cualquiera su edad, deberá hacerse para señorita en glasé liso del mismo color; en este caso, las pasamanerías pueden ser reemplazadas por un bordado en felpilla gris como el fondo del vestido, lo que, ejecutado sobre el raso malva de las pirámides, será de un efecto precioso.

Es tambien lindísimo para interior de casa, haciéndole de granadina de lana el fondo y substituyendo las aplicaciones de raso, con otras de glasé de igual color; para cuyo objeto se bordará sobre cada una de las pirámides un ramo con soutache negro y blanco.

Como se vé, este lindo traje es de aquellos pocos que se pueden aplicar á diversos usos, siempre con el éxito mas satisfactorio.

FIG 2.<sup>a</sup>—*Traje de concierto*: primera falda de tafetan blanco, sobre la que cae otra de tarlatana blanca, guarnecida por tres volantes rizados á tablas, de la misma tarlatana; estos volantes llevan en su parte inferior una estrecha cinta de raso color de rosa.

Tercera falda de tafetan ó glasé color de rosa, que llega hasta los volantes, y está recortada en su parte inferior en ondas poco pronunciadas: estas ondas están guarnecidas por una rica blonda blanca de Inglaterra, sobre la que corre un doble escarolado de glasé rosa que sube por el lado derecho hasta el talle.

El cuerpo de este precioso traje es de tarlatana blanca plegado en forma de draperie, y formando corazon por delante: bajo este vá un corpiño liso de tafetan blanco, que sirve de viso: estos dos cuerpos están sujetos por un corpiño de hechura bearnesa de glasé rosa, que forma un peto poco pronunciado: sobre cada una de las costuras de este corpiño, hay un escarolado de glasé semejante al de la falda: mangas de tafetan blanco, cubiertas por dos volantes de tarlatana, y adornadas en los hombros por triples nudos de cinta rosa.

Prendido de campanillas rosadas, que termina por detrás en largos cabos de cinta rosa que adornan la espalda: es muy elegante tambien con este traje un prendido de rosas thé.

Guantes blancos con tres botones, y brazaletes de oro.

Suprimiendo en este traje, la blonda de Inglaterra que guarnece la falda de seda rosa, y substituyendo esta y el corpiño con tarlatana del mismo color, es graciosísimo para señorita, pudiendo reemplazar tambien el color de rosa con el azul, que es tan encantador para la primera juventud: como lo presenta nuestro grabado, es propio solo de señora casada.

Nuestra jóven directora se prepara para marchar á Paris y Lóndres, á fin de adquirir todas las mejoras posibles para EL ANGEL DEL HOGAR: preparaos, pues, á vuestra vez queridas y bellas lectoras, á saber las mas lindas novedades de esos dos grandes centros de elegancia, donde la moda ha sentado su trono.

Y ya que de Paris hablamos, no debemos pasar en silencio la honrosísima distincion de que ha sido objeto la señora Sinués de Marco por parte de S. M. la emperatriz de los franceses, la que acaba de remitirle una magnífica medalla de oro como muestra del placer con que ha visto sus dos obras LA LEY DE DIOS y EL ANGEL DEL HOGAR: el anverso le ocupa el busto de S. M. de un parecido admirable y rodeado de estas palabras: *Eugenie Imperatrice*, y en el reverso, y rodeada de una guirnalda de rosas maravillosamente grabada, se lee esta dedicatoria: *A doña Maria del Pilar Sinués de Marco*.

EL ANGEL DEL HOGAR, que se honra altamente con este sublime rasgo de S. M. la Emperatriz de los franceses, cree cumplir con un deber dándole á conocer á sus lectoras y consignando su gratitud hacia la augusta señora que ha recompensado de un modo tan brillante á una escritora española, y hacia la prensa que lo ha hecho público.

PAMELA.

## ADVERTENCIA.

Con este número y segun habiamos ofrecido, repartimos á nuestras suscriptoras, ademas de un figurin de modas, la primera lámina de la Galeria de mujeres célebres, correspondiente á la leyenda titulada: Catalina de Aragon.

Por todo lo no firmado,

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.